

De los desaparecidos a los naufraguitos

Tras 40 años, la dictadura es ya un capítulo de la historia de la literatura argentina. Los escritores más jóvenes se sobrepone a la obligación de hacerse cargo de una memoria que sigue presente. Por Martín Caparrós



EN UN PAÍS TANGUERO, melancólico, es probable que nada produzca más nostalgia que esos años sesenta, el gran momento de la cultura argentina o el gran mito. Eran tiempos en que Borges y Bioy aún escribían, Cortázar publicaba *Rayuela*, García Márquez no encontraba otro lugar donde lanzar *Cien años*, Lezama Lima y Marcuse encabezaban listas de *best sellers*, Walsh y Martínez reformulaban el periodismo, Saer y Piglia se afilaban los dientes, Bergman y Antonioni llenaban los cines, Nebbia y Spinetta inventaban el rock en castellano, la universidad era un vivero incontenible y plásticos y arquitectos y sociólogos y psicoanalistas se sentían en el sitio donde querían estar.

Pero esa eferescencia cultural no parecía completa sin un correlato político: la militancia de los años setenta fue su consecuencia. Y el golpe de los militares contra ella, el precio—tan abusivo— que la Argentina pagó por esa fiesta.

Fue hace 40 años, parece, y no parece que fue ayer. Entonces, hace 40 años, hubo una dictadura y fue eficaz: cambió la Argentina como ningún Gobierno en todo el siglo XX. Y, como toda dictadura, siguió dictando sus palabras a la cultura de su país cuando ya había acabado.

Todavía: esa dictadura cristalizó una imagen de la Argentina. Gracias a esa dictadura la Argentina aportó uno de sus pocos vocablos al léxico global: desaparecidos se dice en castellano en muchas lenguas. Para el saber del mundo la Argentina se volvió la tierra del secuestro-tortura-asesinato—y Maradona—. En estos años su cine, por ejemplo, ganó dos *oscar*s en Hollywood: tanto *La historia oficial* como *El secreto de sus ojos* trataban de muertos y desaparecidos durante aquella dictadura.

Pero el efecto, por supuesto, no fue sólo externo. La obligación del recuerdo se impuso en nuestra sociedad: la idea insistente de que no tener presente esos horrores nos condenaba a repetirlos en el futuro. Tanto que la palabra memoria, tan múltiple, tan rica, pasó a tener, en argentino básico, un sentido excluyente: "Recuerdo de las atrocidades cometidas

Respiración artificial

Ricardo Piglia
Anagrama

Los pichiciegos

Fogwill
Periférica

Nunca más. Informe final de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas

Conadep
Editorial Universitaria de Buenos Aires (Eudeba)

El vuelo

Horacio Verbitsky
Planeta

El violento oficio de escribir

Rodolfo Walsh
451 Editores

Absurdos

Antonio Di Benedetto
Adriana Hidalgo

El río sin orillas

Juan José Saer
Planeta

Libro de navíos y borrascas

Daniel Moyano
KRR Ediciones

Historia del llanto

Alan Pauls
Anagrama

por los militares durante la dictadura de 1976". Desde entonces, el gran debate, explícito o implícito, de la literatura argentina fue si había que hablar o no de todo aquello, cómo, cuánto.

El primer gran libro sobre la dictadura no incluía la palabra dictadura ni habría podido, porque salió durante: en 1980 Ricardo Piglia publicó *Respiración*



Encuentro entre los presidentes Jorge Videla, de Argentina, y Augusto Pinochet, de Chile, en 1978. Foto: Getty

artificial, una novela que intentaba repensar *sotto voce* ese país que empezaba a ser otro. El tercer gran libro se publicó en 1984 y se llamaba *Nunca más*, la reconstrucción que pudo hacer la Comisión sobre la Desaparición de Personas, un comité de notables convocado por el primer Gobierno democrático—de Raúl Alfonsín—, de los peores crímenes de los militares. El segundo ya estaba publicado—un año antes—, pero nadie lo notó: en esos tiempos de principios y solemnidades, no muchos estaban preparados para leer la gran farsa de *Los Pichiciegos*, de Rodolfo Fogwill.

Esos primeros años de democracia fueron ricos en debates y redescubrimientos: volvían a circular los textos de las grandes víctimas—Walsh, sobre todo, pero también Conti, Urondo, Oesterheld—, volvían los escritores que se habían exiliado—Di Benedetto, Soriano, Tomás Eloy Martínez—y la reintegración con los que se habían quedado incluía discusiones y reproches mutuos. Otros—Cortázar, Gelman, Moyano, Saer, Cohen—no volvían: desconfiaban o se habían acostumbrado a sus nuevos lugares.

Resistía la idea sententista de que la novela podía cambiar el mundo: lo que alguien llamó, en esos días, la literatura Roger Rabbit, por aquella película en que un personaje dibujado—pura ficción—interactuaba con personas reales, con el mundo. Y hubo lugar para esa decepción que España había conocido pocos años antes: la libertad recuperada no sacó a la luz ninguna obra maestra guardada o reprimida.

Durante unos años, la obligación moral de hacerse cargo de la memoria pesó sobre la literatura argentina; fue necesaria la irrupción de escritores más jóvenes—Aira, Pauls, Fresán, Laiseca—que, desde la reivindicación de un cierto arte por el arte o la narración por la narración, se despegaron del asunto: rechazaban el país que les había quedado y situaban sus ficciones en mundos lejanos o perfectamente inverosímiles. Los novelistas más nuevos se reunieron en un grupo que llamaron Shanghai porque estaba en las antipodas de Buenos Aires.

A mediados de los noventa, el tema languidecía: parecía que no quedaba mucho por decir. La amnistía a los militares



Madres de la Plaza de Mayo esperan el ascensor en el Ministerio de Defensa argentino. Foto: Juan Mabromata (AFP)

La sociedad no olvida

Por Carlos E. Cué

Pocos países en el mundo tienen tan presente su historia trágica reciente como Argentina. Cuarenta años después del golpe de Estado que dio inicio a un régimen militar cruel (1976-1983), la memoria de esa tragedia crece cada día. Las víctimas de la dictadura, y sobre todo sus familias, tienen un protagonismo impensable en países como España y la mayoría de los vecinos latinoamericanos. Tanto que el presidente de EE UU, Barack Obama, visitó Buenos Aires en marzo y el viaje quedó monopolizado por el papel de su país en la primera fase de la dictadura argentina cuando, como él mismo reconoció, miró para otro lado.

Tanto en la visita de Obama como otra anterior de François Hollande, la gran protagonista fue Estela de Carlotto, líder de Abuelas de Plaza de Mayo, omnipresente en casi todos los debates sociales, en las radios, en la prensa, como un auténtico referente moral. Hollande logró la fotografía buscada con Carlotto: Obama lo intentó, pero ella no quiso.

Abuelas sigue recuperando nietos que descubren a los 40 años que son hijos de desaparecidos. Sus historias aparecen en todos los medios y sigue conmocionando a la sociedad. Varios de ellos tienen protagonismo político e incluso son conocidos diputados, como Victoria Donda, congressista de izquierdas, que nació en la ESMA, el gran centro de torturas, y allí fue entregada a una familia del régimen.

También los periodistas y escritores mantienen vivo el interés por una historia inagotable. Un sobrecogedor libro recién publicado, *Hijos de los 70* (Sudamericana), detalla las vidas de hijos de desaparecidos, pero también de hijos de los torturadores. Allí se cuenta la trágica ruptura familiar de las dos hermanas Donda. Victoria, la diputada, fue criada por un torturador, descubrió su identidad a los 26 años y se hizo dirigente de izquierda. El hombre que creía su padre aún está en la cárcel. Eva, su hermana mayor, fue criada por su tío, que era jefe de inteligencia de la ESMA, donde torturaron a su hermano, el padre de las Donda, y a su mujer, la madre. Ambos desaparecieron. Eva aún hoy defiende a los militares mientras Victoria

lucha para condenarlos. Dos hermanas rotas por la historia que intentan reconciliarse.

Argentina sigue dando ejemplo a Latinoamérica y al mundo con su política de juicios de lesa humanidad. No solo ha sido el único país que ha juzgado y condenado a los responsables de la Operación Cóndor, el gran pacto secreto de seis dictaduras para asesinar disidentes. Desde 2006, cuando el Congreso declaró nulas leyes de impunidad que aún rigen en otros países latinoamericanos e incluso en España, 2.354 personas han sido imputadas por delitos de lesa humanidad; 791 de ellas ya han sido condenadas. Ahora hay 13 juicios en marcha, algunos enormes, como el de la ESMA, el principal centro de represión.

Argentina también marcó un camino y convirtió ese lugar de doloroso recuerdo en un centro de memoria ejemplar, donde trabajan las asociaciones de derechos humanos e incluso el responsable del Gobierno para estos asuntos, Claudio Avruj, que recibe allí a la prensa, a pocos metros de la sala donde fueron torturados centenares de compatriotas, hoy convertida en museo del horror.

La presencia de la memoria y la reivindicación de los derechos humanos son tan fuertes en Argentina que la Corte Suprema ha determinado que es una política de Estado, que los juicios nunca pararán hasta que todos los culpables sean juzgados, gobierne quien gobierne.

De la fortaleza de este mensaje en todas las generaciones, especialmente los jóvenes, da idea una anécdota reciente. El diario *La Nación* publicó un editorial pidiendo que pudieran salir de la cárcel los represores más ancianos aprovechando el cambio de Gobierno, con la salida de Cristina Kirchner y la llegada de Mauricio Macri. La redacción de este diario de línea conservadora se planteó con tanta fuerza que el periódico publicó la noticia del rechazo de sus periodistas y aclaró que ese editorial no representaba más que a la empresa. Macri, por su parte, aclaró que no pensaba cambiar nada de la política de derechos humanos de los Kirchner. Y él mantiene al Estado como parte denunciante de los represores en al menos 50 causas. Cuarenta años después, la memoria de las víctimas ha ganado la batalla en Argentina. •

condenados y la euforia económica menemistas lo opacaban y buena parte de la población seguía sin creerse del todo esas historias de horrores y torturas. Fue entonces cuando *El Vuelo* —la conversación de Horacio Verbitsky con el capitán Adolfo Scilingo, piloto naval que le contó cómo tiraba, desde sus aviones, militantes al Río de la Plata— los convenció: para tantos, el testimonio del verdugo era mucho más creíble que los de sus víctimas.

Y aparecieron, al mismo tiempo, crónicas y ensayos que intentaban devolver a esos militantes setentistas sus historias: en estos nuevos relatos "los desaparecidos" ya no eran sólo aquellas víctimas ingenuas del *Nunca más*; eran personas que habían decidido oponerse a un sistema político con todas las armas a su alcance. Mientras, la ficción no pareció encontrar cómo o por qué retomar el tema: la dictadura seguía apareciendo, aquí y allá, como un telón de fondo para un *thriller* o una película, pero no hubo novelas originales que la tematizaran.

Hasta que, ya en este siglo, la cuestión volvió por donde nadie la esperaba: gracias a esa convicción de tantos escritores de que su verdadera patria es la infancia.

Autores como Aira, Pauls, Fresán y Laiseca reivindicaban el arte por el arte y se despegaron del asunto

Con Laura Alcoba, María Eva Pérez, Bruzzone y Pron llegó la libertad al tema de la pérdida extrema de la libertad

Sucedió, en realidad, en toda América Latina: novelistas se lanzaron a hablar de sus primeros años como si no hubiera mañana y, muchas veces, esas infancias incluían las aventuras más o menos militantes de sus progenitores.

Suenan los nombres, por ejemplo, de Guadalupe Nettel, Alejandro Zambra. Alguien los llamó "los naufraguitos" por esas autoficciones donde sus propias zozobras y derrotas se inscriben en las derrotas y zozobras de sus padres. En Argentina su padre putativo sería Alan Pauls, que, con sus *Historias* —del *Llano*, del *Pelo*, del *Dinero*—, intentó una relectura de los setenta en clave de hijo. Y su madre ídem una realizadora, Albertina Carri, que abrió caminos en 2003 con *Los rubios*, una película donde su infancia era esa vida rara que sus padres —clandestinos, perseguidos— mantenían. Los retomaron, de formas muy variadas, varios: Laura Alcoba, María Eva Pérez, Félix Bruzzone, Patricio Pron y siguen firmas.

Con ellos llegó la libertad al tema de la pérdida extrema de la libertad, tan limitado por ciertas convenciones. Unos cuentan con sorna o condescendencia, otros con el desgarramiento de haber sido heridos en la carne de otro, otros con la extrañeza extrema de quien nunca va a entender, otros con el espanto de quien se roza con los monstruos. De sus textos, en cualquier caso, desaparecieron la obligación del respeto o del drama o del acto de contrición constante o del silencio sobre ciertas complicidades.

Con ellos, el tema de la dictadura se volvió tan abierto que, ahora sí, tras 40 años de dictadura, es sólo un tema, una excusa de la literatura. Es lo que pasa, supongo, cuando una historia empieza a ser historia. •